

LOS MARIACHIS ASESINOS

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 37

LOS MARIACHIS ASESINOS

por

Marcial Fernández



Secretaría de
culturaDF

*F*ICTICIA

MÉXICO
2012

LOS MARIACHIS ASESINOS

D.R. © Marcial Fernández

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

D.R. © Fotografía de portada: Mariano P.R. elfuturoyallego@gmail.com

Segunda edición corregida y aumentada: marzo 2012

Primera edición: Ediciones de la Librería Cálamo, Zaragoza, España, 2008

POR FICTICIA EDITORIAL

Editor: Raúl José Santos Bernard

Diseño de la colección: Rodrigo Toledo Crow

Cuidado de la edición: Mónica Villa

Formación de planas: Paulina Ugarte Chelén

Diseño de la portada: Armando Hatzacorsian

Sierra Fría 220, col. Lomas de Chapultepec, C.P. 11000, México DF

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI

(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

POR EL DISTRITO FEDERAL

Gobierno del Distrito Federal

Secretaría de Cultura

Coordinación de Fomento a la Lectura y el Libro

Publicaciones

Colección Biblioteca de la Ciudad

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN: 978-607-7693-51-2

Impreso y hecho en México

Para Ana Cañellas y Paco Goyanes

CONTENIDO

ALAS	11
LOS MARIACHIS ASESINOS	13
CRACK	21
NEREO, NIEVE DEL OLIMPO.....	31
NEGRO LUCERO	49
ESPÍAS	57
EL POZO Y LA MORA	69
EL LICOR DEL MAÑANA	77
SAN ANTONIO GRIS CADÁVER.....	85
MÉXICO-ZAMBIA CON PENALTIS	91
CAZADOR DE ÁNGELES	97

ALAS*

A Mónica Villa

Al amanecer de aquella noche en que soñó que volaba, Julián despertó buscándose prolongaciones aladas en su cuerpo. Al no encontrarlas —pues la abstracción material del sueño se desmaterializó cuando Julián abrió los ojos—, decidió entonces crear un par de alas para pegárselas en los costados de la espalda, amarrárselas a los brazos y, así, sustituyendo éstos por aquéllas, volar.

La decisión estaba tomada. Ahora, Julián tendría que procurarse algunas aves para desplumarlas; el resto (pegamento, baquetas de madera, hilo, alambre, etcétera) lo compraría en la tienda de la esquina —Julián hubiera querido plumas de águila, ya que las consideraba las más eficaces, pero se inclinó por las de paloma, pues si las de águila tienen la fortaleza, las de paloma, pensó, la elegancia, y él deseaba ser admirado en su vuelo no como quien obtiene las cosas por la fuerza, sino por el ingenio; además las plumas de paloma eran más asequibles que las de águila.

Una noche después del sueño, cerca de las dos de la madrugada, Julián, cual hombre-mosca, trepaba por la pared frontal de la iglesia, de manera que, una vez en las almenas, pudiera cazar a cuanta paloma tuviera allí su nido. En su ascenso decapitó con el pie izquierdo a un ángel de piedra que le sirvió

* Periódico *unomásuno*, suplemento *Sábado*, 11 de febrero de 1989.

de apoyo; el ruido de la cabeza al estrellarse contra el suelo lo hizo palidecer, inmovilizarse y, por último, descender de la fachada. Recogió entonces la celestial cabeza para examinarla y, con sorpresa, le descubrió un parecido asombroso con su propio rostro; levantó la mirada para ver la figura que había dejado incompleta, y contemplar a un ángel decapitado que, sospechosamente, también era de la misma altura y compleción que la de su propio cuerpo, a no ser por dos espléndidas alas de piedra que lo adornaban. Y con un fuerte presentimiento de poder llegar a ser él, Julián Rodríguez, un ángel del Señor, retornó a las alturas derribando en su camino a dos querubines, tres arcángeles y otras tantas cabezas de tronos.

A la mañana siguiente, Julián, desvelado pero satisfecho por la cuantiosa cacería, bebió la sangre de cinco palomas, pues creía que era en la sangre de estos seres alados en donde se encontraba la sustancia del vuelo, sin la cual es imposible volar. Apurada la bebida, tomó las plumas de las palomas y las colocó por tamaño y color en la mesa de su estudio, para luego dormir no tan plácidamente como lo hubiese deseado, ya que severos cólicos lo empezaron a atormentar.

Transcurrido algún tiempo (y curado Julián de los dolores estomacales) las alas del sueño estaban construidas. Más aún: se podían utilizar en cualquier momento, y como el hambre de volar lo devoraba, no tuvieron que pasar muchos días para llegar a la mañana en que intentó su primer vuelo.

Una vez en la fecha clave —sábado 11 de febrero de 1989—, Julián se desnudó, se pegó plumas de paloma en todo el cuerpo, se adaptó las alas en sus brazos y, desde la azotea de su casa, se arrojó al vacío, en donde abriendo y cerrando las alas, abriendo y cerrando las alas...

Esa mañana, Julián hubo de recordar el ruido que alguna vez lo hizo palidecer: una cabeza de ángel estrellándose contra el pavimento.

LOS MARIACHIS ASESINOS*

Era un amanecer común y corriente en la plaza Garibaldi. Los cabarets empezaban a cerrar y los cafés de chinos a vender sus inmundos brebajes. Todavía se escuchaba por aquí y por allá trompetazos arrítmicos, mientras el licenciado Guevara, visiblemente tembloroso, le pedía a una pintarrajeada de pechos descomunales que lo acompañara a un hotel. De pronto, junto al mercado, se oyó el grito de un taquero: ¡Está muerto! ¡Está muerto! Yo no lo envenené... Lo juro.

El licenciado optó por olvidar a la pintarrajeada y acercarse al lugar de los hechos.

¿Quién es?, preguntó.

Un gringo que vino a curársela, contestó el taquero con un dejo de duda en sus palabras.

Ah... Siempre lo dije, tus quesadillas de sesos son una basura, perdóname pero te tengo que llevar a la delegación. Después yo mismo te saco, no te preocupes, pero lo primero es lo primero.

Al cabo de los días, luego de que el taquero —mediante el refinado interrogatorio de los toques eléctricos— se declaró culpable, Guevara cumplió con su promesa. Lo sacó

* *Dispersión multitudinaria. Instantáneas de la nueva narrativa mexicana en el fin del milenio*, comp. Leonardo da Jandra y Roberto Max, Joaquín Moritz, México, 1997, 113-119 pp.

de los separos por la módica cantidad de dos mil quinientos pesos, más otros dos mil quinientos por el permiso para poder seguir vendiendo tacos, quesadillas y caldos de médula a un lado del mercado y de la fonda La Vida Nueva. Así quedó cerrado el caso del gringo y, su cadáver, en el anfiteatro de la Escuela de Medicina.

No cabe la menor duda, mi espíritu de humanista pudo más que mi estómago de *gourmet*, ya que si en vez de donar el cuerpo del delito a la ciencia se lo hubiera dejado a Herminio, para estos momentos estaríamos comiendo unos tacos con sabor internacional, bromeaba Guevara con la pintarrajeada, quien sin entender el humor del lic le pedía que la invitara a cenar a un restaurante caro.

Desde luego, pero antes vamos a que conozcas mi suite del hotel Galicia.

Y entre que iban a un sitio u otro, de nueva cuenta un alarido provocó que todos los mariachis de la plaza guardaran silencio.

Sobre una banca, un borracho dormido; abajo de un árbol, un ciudadano oriental delirando en su idioma canciones de José Alfredo Jiménez; y rodeada por una multitud de curiosos: una muerta.

¿Quién es?, preguntó Guevara.

¿Quién la mató, licenciado?, interrogó el comandante Órnelas, jefe del grupo Chacales de la tercera zona del Distrito Federal, encargado de protección y moralidad del sector Garibaldi.

Es un misterio, mi *comander*, pero por lo pronto es menester llevar a cabo una redada para que no escape el culpable.

Usted no me tiene que decir qué hacer; yo sé bien lo que hago. De manera que nadie se mueva porque a todos me los voy a llevar a confesar. Y usted, licenciado, no me vuelva a llamar mi *comander* si no quiere que le rompa la madre. ¿Entendido?

Entendidísimo, comandante.

El médico forense de la delegación política Cuauhtémoc, que en esos días era Manuel Juárez, ex compañero de banca de Guevara en la secundaria 917, Los Dorados de Villa, le facilitó al licenciado los exámenes *post mortem* de Blanca Iris Chacón, de nacionalidad nicaragüense, radicada en la Ciudad de México desde 1973.

Ahí se señalaba que las mediciones y los cortes de cráneo dieron cómo causa de su muerte un fuerte *shock* en el laberinto óseo del oído interno.

Conque según tus análisis la nicaragüense se murió de sorda; te creería si me dijeras que se murió de zorra, pero de sorda...

Deja te explico: la señora falleció no porque estuviera sorda, ni porque tuviera alguna otra enfermedad, sino por un caso médico poco frecuente, más no por ello irreal. ¿Has escuchado algo acerca del sonido 21?

Desde luego.

Pues allí tienes la causa de su muerte.

¿De qué coños hablas?

Toma este *Reader's Digest* y entérate de los peligros del sonido 21.

¡Manuel! Si lo que me quieres decir es que tus principios científicos se reducen a este tipo de pasquines...

¡No, por Galeno! Sólo deseo que entiendas con facilidad lo que de otra manera me llevaría horas explicarte.

De acuerdo. Aquí dice... Que en ciertas regiones de Haití... En donde, según esto, se practican rituales de vudú...

El sonido 21, emanado de los tambores de los sacerdotes, es uno de los principales vehículos de muerte entre los nativos, ya que luego de caer en un estado de trance sienten que algo les estalla en la cabeza, y justo lo que se les revienta son los huesos de alguno de sus oídos, que tiene por consecuencia... Basta, Juárez, vengo a verte por un asunto profesional y mira con las pendejadas que sales.

Sigue leyendo.

Mejor sigo investigando por mi cuenta y, si alguno de tus zombis te demanda por incompetencia, no dudes en llamarme.

Sentado en La Flor de Loto, mientras abría una galletita de la suerte, el licenciado Guevara pensaba en la desgracia de Manuel, a quien recordaba como un estudiante de futuro prometededor y que, ahora, al parecer, por tanto trabajar con los restos de la gente se le había reducido el cerebro. El papelito de la galleta pronosticaba Buena Fortuna seguida de algunos caracteres en chino cuando, al levantar la mirada, vio entrar agarrados de la cintura al comandante Órnelas y a la pintarrajeada, quienes, sobra decirlo, parecían un par de enamorados.

Sin terminar su té de rosas, que más bien despedía olores de pescado crudo, Guevara pagó su cuenta y salió a la calle con rumbo desconocido. Recorrió algunos bares de la zona y, una vez borracho, estuvo cantando en el Alquimia Tijuanense baladas de Nelson Ned.

Sí, gritaba, feo por fuera pero bonito por dentro. Así soy yo. Llámenme Ned.

Hasta que empezó a ver a un grupo de negros que lo querían devorar y, para ello, tocaban pequeños tambores,

en tanto que una negra, probablemente la sacerdotisa de aquellos antropófagos, le enseñaba un muñeco de madera con agujas incrustadas en el cuerpo, y los negros se convertían en orejas gigantes, en orejas que caminaban a ritmo de un ritual extraño, orejas que también eran bocas, bocas rojas con varias filas de dientes blanquísimos, y el licenciado sintió piquetes a lo largo y ancho de sus piernas, del tronco, de los brazos, de la cabeza, y el universo giraba, giraba, y de golpe el tiempo se detuvo y Guevara pensó que estaba muerto.

A la mañana siguiente, con una cruda de carretonero, el licenciado Guevara creyó que su habitación de hotel era el mismísimo purgatorio, y que había llegado ahí más sordo que una tapia, y que la negra del vudú estaba oculta en el closet, y que pronto, muy pronto, él, el licenciado Guevara, se transformaría en un zombi que serviría de desayuno a la jauría de negros.

Tocaron a la puerta; el licenciado, desfalleciente, no quiso abrir. Volvieron a tocar; silencio. De nueva cuenta los nudillos de una mano invisible golpearon la madera...

Guevara, por Dios, ábreme si no quieres que tire la puerta. Doña Gladiola me dijo que aquí estabas, que habías llegado al amanecer peor que una cuba. Hay que trabajar, estoy a punto de resolver el caso de los muertos, pero necesito tu ayuda.

¿Manuel?... ¿Manuel Juárez?...

—Ni que tuvieras tantas visitas. Ábreme.

Antes dime: ¿estamos en el infierno?

Ábreme, cabrón, que no hay tiempo que perder, ya van tres muertos y para hoy podrían ser cuatro.

¿Yo fui el tercero?

—No, aunque no estaría mal que fueras el cuarto.

Te abro con una condición.

¿Cuál?

Invítame a desayunar.

Si son las cuatro de la tarde.

Entonces a comer.

De acuerdo.

Media hora después, el licenciado Guevara y el médico forense Manuel Juárez, absortos con teorías sobre el más allá, se encontraban discutiendo en la fonda La Vida Nueva. En tanto uno abría un ostión, el otro intentaba cerrar la única posibilidad que resolvería el caso: si todos los cadáveres presentan la misma anomalía en sus cráneos, y dicho mal no se debe a otra cosa que al sonido 21, lo importante en este momento...

Lo que dices suena clarísimo, Manuel, pero antes cuéntame: ¿Quién murió ayer?

El comandante Órnelas.

¡El *comander!* ¡No qué muy chingón! Mira si se lo merecía.

¿Por?

Eso es lo de menos. Pero de que se lo merecía, se lo merecía. Y dime: ¿Carmina estaba con él?

¿Qué Carmina?

La pintarrajeada.

Creo que no; yo sólo sé...

Las palabras del médico se perdieron entre los acordes de “Si me dejas”, interpretada por unos mariachis, impecablemente vestidos en plata y oro, que la tocaban justo enfrente a la fonda. La canción duró una eternidad, y Juárez y Guevara no podían seguir hablando, y no por algún tipo de respeto al gusto exquisito de la música vernácula, sino porque, con los innumerables trompetazos, les era imposible comunicarse.

A “Si me dejas” le siguieron “La ingrata”, “Perfidia”, “Un corazón roto”, “La malagradecida” y hubieran seguido muchas más a no ser porque Herminio, el taquero, que era quien pagaba la música para deleite de su amable clientela, intempestivamente, agarrándose la cabeza con ambas manos, pidió a gritos silencio para, posteriormente, caer muerto.

El licenciado y Manuel Juárez, entonces, mirándose por un segundo a los ojos resolvieron instintivamente el caso. No era cuestión de negros, ni de negras, ni de ritos de vudú, ni de nada por el estilo, ya que el problema radicaba en la sonoridad de un grupo de mariachis asesinos que en ese momento cobraban su cuarta víctima.

Tranquilamente el médico y Guevara pagaron la cuenta, salieron a la plaza y le pidieron a dos uniformados que se llevaran a los mariachis, quienes, sin entender lo que sucedía, se dejaron conducir de no muy buen talante a la delegación. Una vez frente al juez de lo penal, ya que no se les podía culpar de algo tan extravagante cómo el Sonido 21, el licenciado los acusó de inmorales, pervertidores de niños, asociación delictuosa y encubrimiento, por lo que el juez, amigo personal de Guevara, les dio cinco años de cárcel sin derecho a fianza.

No obstante, con los mariachis tras las rejas, no se acabaron las muertes, mismas que el licenciado Guevara, en común acuerdo con el médico forense Manuel Juárez, ahora atribuyen a un mal de vampirismo importado de Europa. Así los hechos, lo último que se le oyó decir al licenciado antes de que ya no le importara este caso, fue:

Carmina, te invito a pasar la noche en mi hotel, el único lugar seguro del planeta.

«LOS MARIACHIS ASESINOS»
DE MARCIAL FERNÁNDEZ
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN MARZO DE 2012 EN
LOS TALLERES DE SERVICIO FOTOTIPOGRÁFICO S.A.
CERRO TRES MARÍAS No. 354,
COL. CAMPESTRE CHURUBUSCO, C.P. 04200, MÉXICO, D.F.
EL TIRAJE FUE DE 1500 EJEMPLARES.